

todos con entera decisión para que por cualquier medio llegaran las propagandas a la gente. Y dándose cuenta de que tenían que suplir con el riesgo y el esfuerzo personal la falta de dinero y de apoyo nacional con que tropezó siempre la Falange, cada uno se esforzó en hacer más propaganda que los demás, porque estaban seguros de que para España no había más salvación que la revolución que en aquellas hojas se predicaba. Por eso nuestros enemigos, que lo sabían, se afanaban en hacer callar aquellas propagandas con tiros, con calumnias, con desprecios, encarcelando a nuestros camaradas; pero nuestra fe y nuestro ímpetu revolucionario era más fuerte que todas las persecuciones, y no nos importaba, como ha dicho José Antonio, dejarnos «la piel y las entrañas en la lucha». Así cada camarada que se iba a su pueblo se le daba un montón de hojas con los 27 Puntos Nacional-Sindicalistas, para que las repartiera entre los vecinos, y si salíamos por carretera, al pasar por cada aldea tirábamos en la plaza la propaganda de la Falange, y nos llenábamos de gozo cuando veíamos, por la ventana de detrás del automóvil, cómo los

campesinos se tiraban al suelo para leer aquellas hojas, que no les pedían votos, sino que les decían que la Falange «iba a devolver a los españoles los sabores antiguos de la norma y del pan».

Y veíamos también con qué timidez las leían algunas personas, porque todo lo que en aquella propaganda se decía estaba prohibido y ellas no podían exponerse a leer cuartillas que estuviesen fuera de la ley.

Y últimamente, en mayo de 1936, cuando ya José Antonio estaba en la cárcel y dirigió el manifiesto a los militares, fueron las mujeres de la Falange las que se encargaron de escribir en sobres de distintos colores y con sus letras femeninas todas las direcciones para que no sospechasen en Correos que aquellas cartas eran subversivas. Y así llegaron a todos los cuarteles de la Península, de las Islas y de Marruecos.

Y el 17 de julio se levantó el Ejército con la Falange en contra de aquel Gobierno de Casares Quiroga, que quería hacer de España una colonia rusa.

